

G. Duby, Guerreros y Campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500- 1200). Madrid, Siglo XXI. "La época feudal", pp. 199-227 (texto sin notas)

1. LA EPOCA FEUDAL

Mientras en las fronteras de la cristiandad latina la continuidad y el reforzamiento de las campañas de agresión, cada vez más en dirección hacia el este y el sur, exaltan el vigor de un sistema económico basado en la captura violenta y en el saqueo, aceleran los trasvases de riquezas y preparan de este modo algunas condiciones favorables al crecimiento, en el interior de Europa se ven aparecer, durante los decenios en torno al año mil, los rasgos de una nueva ordenación de las relaciones humanas: lo que los historiadores han acostumbrado llamar **el feudalismo**. Simple revelación de un movimiento de gran amplitud que, largo tiempo disimulado, se había iniciado en la época carolingia y cuya evolución precipitaron las invasiones de los siglos IX y X. En las regiones más evolucionadas, es decir, en Galia, llega a su término durante los últimos decenios del siglo XI; no afecta a Germania, país nuevo, sino con un retraso de más de cien años; en la zona mediterránea de la cristiandad, de modo especial en Italia, se amortigua al contacto de estructuras contrarias cuyos pilares son la vitalidad urbana y la animación más precoz de las corrientes monetarias. Esta mutación de las bases políticas y sociales se acomodaba indiscutiblemente a la situación de una economía agraria dominada por una aristocracia cuya influencia habían reforzado las campañas militares, y a su vez influyó, de manera muy directa, en la evolución económica. El feudalismo sirvió de marco a la evolución económica en un nuevo orden, cuyos beneficios tuvieron un papel determinante en el desarrollo interno de la economía europea.

LOS PRIMEROS SIGNOS DE LA EXPANSION

A decir verdad, las señales del desarrollo tardan en manifestarse; es notable que los narradores que escribieron en Galia durante el período central de esta mutación, es decir, en la primera mitad del siglo XI, entre otros Ademar de Chabannes o Raúl Glaber, no hayan dado pruebas de haber observado a su alrededor algún progreso al nivel de la civilización material. Ciertamente, todos estos hombres habían sido educados en monasterios y muchos no habían salido de ellos; el mundo terrenal no merecía la atención de estos monjes y la historia que les interesaba escribir era la del destino moral de la humanidad, la marcha del pueblo de Dios hacia el fin de los tiempos y hacia la Jerusalén celestial. A sus ojos, no lo olvidemos, las verdaderas estructuras del mundo eran espirituales y los aspectos de la realidad económica eran simples epifenómenos. No esperemos por tanto que sean buenos testigos de la realidad económica. No obstante, su silencio prueba al menos que, en su tiempo, las transformaciones de la economía se realizaban lentamente y no tenían un carácter llamativo. Sin embargo, existían, y algunos de sus aspectos fueron puestos de relieve por escritores eclesiásticos porque veían en ellos las señales de los designios divinos.

Los eclesiásticos fueron especialmente sensibles a dos clases de fenómenos. En primer lugar, a las calamidades, que interpretaban como la expresión de la cólera divina o del mal que mantiene al hombre prisionero y retrasa su marcha hacia la luz. Descubrieron, pues, las grandes oleadas epidémicas que recorrían los campos de Occidente y que sólo podían ser detenidas, a sus ojos, con plegarias, con actos de penitencia colectiva y mediante el recurso al poder tutelar de las reliquias. El desarrollo de las enfermedades -y especialmente del «mal de los ardientes» - era favorecido, según todas las evidencias, por carencias alimenticias; no falta el escritor que

establece un nexo entre la epidemia que asoló la Francia del norte en 1045 y la escasez de alimentos: «Un fuego artificial se puso a devorar numerosas víctimas...; al mismo tiempo, la población de casi todo el mundo sufrió hambre a causa de la escasez del vino y de trigo». El pueblo al que se refieren estos textos aparece en efecto bajo la amenaza constante del hambre. La malnutrición crónica se agrava de tanto en tanto y determina mortandades catastróficas, como la del «flagelo de penitencia», que, si creemos a Raúl Glaber, asoló toda Europa durante tres años en los alrededores de 1033. A pesar de la aparente contradicción, no es aventurado ver en esta hambre permanente y en estas crisis periódicas que acumulaban en los cruces de los caminos cadáveres sin sepultura y que obligaban a comer cualquier cosa, tierra o carne humana, el signo de una expansión. ¿No reflejan acaso el desequilibrio temporal entre el nivel de la producción, entre las deficiencias técnicas de una agricultura alimenticia siempre muy vulnerable a los fenómenos atmosféricos -«lluvias continuas habían empapado la tierra hasta el punto de que durante tres años no fue posible abrir surcos capaces de recibir la simiente»- y el número de consumidores multiplicados por el empuje demográfico? En cualquier caso, la descripción trágica que nos ofrece del hambre de 1033 el relato de Raúl Glaber prueba que el fenómeno se producía en un medio económico sensiblemente desarrollado: los actos de canibalismo que denuncia se produjeron en un país en el que los viajeros circulaban por caminos preparados y hacían paradas en albergues; en el que existía la costumbre de vender carne en el mercado, donde el dinero servía normalmente para obtener alimentos («se quitaron todos los adornos de las iglesias para venderlos en beneficio de los indigentes»), en el que los especuladores se beneficiaban de la miseria común. Este mundo está en movimiento y las calamidades que lo asaltan son en realidad el precio de una expansión demográfica quizás demasiado vigorosa, en todo caso desordenada, pero que puede como una de las primicias del crecimiento.

Por otro lado, a los cronistas les sorprenden algunas novedades. Las interpretan de acuerdo con las perspectivas de una historia orientada hacia la salvación de la humanidad, pero las consideran en sí mismas indicios indudables de un progreso. Pasado el milenario de la pasión de Cristo, Raúl Glaber registra las manifestaciones de lo que se le figura una nueva alianza, una nueva primavera del mundo, cuya eclosión es el efecto de la clemencia divina. Entre las señales que han llamado su atención, hay tres que, con toda claridad, aluden al juego de las fuerzas económicas. Insiste, en primer lugar, en la desacostumbrada animación de los caminos. Los únicos viajeros que cita expresamente este hombre de Iglesia son peregrinos, pero le parecen más numerosos que nunca («Nadie habría podido prever tal afluencia; inicialmente fueron las gentes de las clases inferiores, después las del pueblo mediano, más tarde los grandes, reyes, condes, marqueses, prelados; por último, algo que jamás había sucedido, muchas mujeres, las más nobles con las más pobres, se dirigieron a Jerusalén»). Y si es necesario, como lo hacen los historiadores de la época, explicar la ampliación de los desplazamientos piadosos por un cambio profundo en las actitudes religiosas, no se puede poner en duda qué fue facilitado por la movilidad creciente de las riquezas y que contribuyó de manera decisiva a acentuar esta movilidad. Para iniciar, para proseguir la marcha, los peregrinos debían procurarse instrumentos monetarios, gastarlos, distribuirlos a su alrededor. Estas gentes de todas las clases se beneficiaban, sin duda, de la hospitalidad gratuita de los establecimientos religiosos; pero no podían acogerse a ellos en todas las etapas. Además, normalmente durante la peregrinación y mientras se hallaban en tierra cristiana, no obtenían sus provisiones mediante el saqueo. De vez en cuando debían comprar alimentos y equipo, y de este modo dejaban un reguero de monedas a su paso, monedas que recogían productores y revendedores y que, desde todos los cruces de caminos, estimulaban la actividad hasta el fondo de los campos. Finalmente, los viajes llevaban a los peregrinos hasta los confines turbulentos de la

cristiandad, donde no faltaban ocasiones de rapiñas a costa de los infieles, y muchos no volvían con las manos vacías.

Segunda señal que los historiadores de la época inscriben también en el marco de un progreso espiritual: la reconstrucción de iglesias. «Cuando se aproximaba el tercer año que siguió al año mil, se vio en casi toda la tierra, pero sobre todo en Italia y en la Galia, renovar las basílicas e iglesias. Aunque la mayoría, muy bien construidas, no tuviesen ninguna necesidad, la emulación empujaba a cada comunidad cristiana a tener iglesias más suntuosas que las de las restantes. Era como si el mundo se hubiese sacudido y, liberándose de su vetustez, hubiese vestido por todas partes una blanca ropa de iglesia. Casi todas las iglesias de las sedes episcopales, los santuarios monásticos dedicados a los diferentes santos e incluso los pequeños oratorios de las aldeas fueron reconstruidos, más bellos, por los fieles». Evidentemente, estas empresas de construcción sustrajeron al medio rural una parte de las fuerzas productivas para aplicarlas a la extracción, al transporte y al trabajo de una masa considerable de materiales. Es posible que algunos obreros fueran dependientes de los señoríos eclesiásticos, obligados a prestar gratuitamente su colaboración; pero es seguro que muchos eran trabajadores independientes. Había que alimentarlos en los lugares de trabajo y comprar en el exterior complementos alimenticios, ya que los excedentes normales de la producción señorial no podían soportar esta sobrecarga de consumidores. También había que pagar salarios en dinero. Por tanto, la renovación de los edificios eclesiásticos se vio favorecida por el aumento de la circulación monetaria, y a su vez aceleró la movilización de los metales preciosos que se habían acumulado lentamente en el tesoro de los santuarios y de los grandes, porque éstos contribuyeron con sus limosnas en oro y plata a la construcción de un decorado más suntuoso en el que pudiera desarrollarse el oficio divino. Indicios dispersos por los textos de la época suministran la prueba de este movimiento de destesaurización. Frecuentemente, en el relato que hacen del embellecimiento de los edificios religiosos, los cronistas evocan, presentándolos como un milagro, el descubrimiento y la utilización inmediata de tesoros ocultos. Así, Raúl Glaber, al hablar de la reconstrucción de la catedral de Orléans: «Cuando el obispo y los suyos proseguían activamente la obra comenzada a fin de acabarla cuanto antes de forma magnífica, recibieron una aprobación manifiesta de Dios. Un día en el que los albañiles, para elegir el emplazamiento de los cimientos de la basílica, sondeaban la solidez del suelo, descubrieron una gran cantidad de oro que consideraron suficiente para llevar a cabo toda la obra, aunque ésta fuera grande; cogieron el oro descubierto por azar y lo llevaron al obispo, quien dio gracias a Dios todopoderoso por el regalo que le hacía, lo tomó y lo entregó a los guardianes de la obra, ordenándoles que lo gastaran íntegramente en la construcción de la iglesia. Así, no solamente fue rehecho el edificio de la catedral, sino que, por consejo del obispo, las demás iglesias que se deterioraban en la ciudad y las basílicas edificadas en memoria de los santos fueron reconstruidas más bellas que las antiguas. Incluso la ciudad se cubrió de casas.» M Helgaud de Saint-Benoit-sur-Loire, biógrafo del rey de Francia Roberto el Piadoso, anota, entre otras cosas, que la reina Constanza, después de la muerte de su esposo, «hizo retirar del oro con el que el soberano había hecho revestir el altar de San Pedro en la catedral de Orléans» siete libras y las dio para «embellecer la techumbre de la iglesia».

Por último, los narradores de comienzos del siglo XI observaron señales de renovación de un tercer tipo. Estas señales revelan la instauración de un orden nuevo, es decir, el establecimiento de las estructuras feudales.

EL ORDEN FEUDAL

El empleo de la palabra feudalismo que hicieron los historiadores marxistas para definir una de las fases principales de la evolución económica y social se justifica por el papel que el feudalismo -en su sentido amplio; es decir, las formas que revistió el ejercicio del poder en Europa occidental a partir del año mil- ha desempeñado en la ordenación de las nuevas relaciones entre las fuerzas productivas y los que obtenían provecho de ellas. Por esto, interesa examinar con atención este cambio fundamental del marco político.

El feudalismo se caracteriza, en primer lugar, por la descomposición de la autoridad monárquica, y hemos visto que la impotencia de los reyes carolingios para contener las agresiones exteriores había acelerado, en el siglo IX, la dispersión de su poder. La defensa del país, función primordial de la realeza, pasó de manera irreversible, pero muy rápida, a manos de los príncipes regionales. Estos se apropiaron de las prerrogativas reales que habían sido delegadas en ellos y las incorporaron al patrimonio de una dinastía cuyos fundamentos pusieron por este mismo hecho. Después, poco a poco, la mayor parte de los grandes principados se disgregaron a su vez de la misma forma que se habían disgregado los reinos. Jefes de menor importancia, los condes en un primer momento y más tarde, hacia el año mil, los hombres que mandaban las fortalezas, lograron su independencia con respecto a los príncipes. Este movimiento llena todo el siglo X en Galia; se extiende a la monarquía inglesa y penetra en Italia, modificándose aquí ligeramente a causa del vigor de las ciudades. Tarda en introducirse en Germania, donde las estructuras políticas carolingias se mantienen vivas hasta los umbrales del siglo XII. Esta fragmentación del derecho de mandar y de castigar, de asegurar la paz y la justicia, su inscripción en marcos territoriales cada vez más reducidos y que finalmente se ajustaron a las posibilidades concretas de ejercer una autoridad efectiva y de manifestar permanentemente a los ojos de todos la realidad de un poder en un mundo rural y bárbaro en el que era difícil comunicarse a distancia, esta fragmentación era de hecho una adaptación de la organización política a las estructuras de la vida material. Pero es importante subrayar que la mutación se realiza en el momento mismo en que, en el interior de este medio campesino, se perdía poco a poco el recuerdo de las guerras de saqueo, periódicas y fructíferas, realizadas en otro tiempo por el conjunto de los hombres libres contra etnias extrañas. Coincide con la instauración de una práctica nueva de la guerra y con el establecimiento de una nueva concepción de la paz.

El desarrollo de la ideología de la «paz de Dios» acompaña las últimas fases de la feudalización. Se manifiesta por primera vez poco antes del año mil en el sur de Galia, allí donde la disolución de la autoridad real había sido más precoz; después, poco a poco, toma consistencia al tiempo que se extiende bajo diversas formas por toda la cristiandad latina. Sus principios son muy sencillos: Dios había delegado en los reyes consagrados la misión de mantener la paz y la justicia; los reyes ya no son capaces de hacerlo, y por tanto Dios reasume su poder de orden y lo concede a sus servidores, a los obispos, apoyados por los príncipes locales. De este modo, en cada provincia, se reúnen concilios convocados por los obispos, y en ellos participan los grandes y sus guerreros. Estas asambleas pretenden disciplinar la violencia e imponer reglas de conducta a quienes llevan armas. Los concilios recurren a sanciones de tipo moral y espiritual; todos los combatientes del país deben comprometerse mediante juramento colectivo a respetar ciertas prohibiciones, bajo pena de excomunión, es decir, bajo pena de la venganza divina. El sistema muestra una eficacia relativa. Los campos de Occidente no dejaron de sufrir, a lo largo de los siglos XI y XII, tumultos militares con su cortejo de depredaciones. Pero, a pesar de todo, la institución de la paz de Dios tuvo una gran influencia en el comportamiento de los hombres y en las estructuras más profundas de la vida económica. Ante todo creó, por primera vez, una moral coherente de la guerra; ésta, en las sociedades de la Alta Edad Media, era considerada una actividad normal en la que se ponía de

manifiesto del modo más absoluto la libertad jurídica. Ningún beneficio parecía más justo que el que se podía obtener en la guerra. En adelante, según los preceptos de los concilios de paz, no fue lícito combatir -al igual que comerciar con el dinero o realizar el acto sexual- sino dentro de límites muy precisos. Fueron señalados sectores en los que la acción de las armas era denunciada como perversa, contraria a los designios de Dios y al orden del mundo. Toda violencia militar fue prohibida en ciertas áreas próximas a los santuarios y cuyas fronteras señalaban cruces levantadas en los caminos, durante ciertos períodos correspondientes a los tiempos más sagrados del calendario litúrgico, y contra ciertas categorías sociales consideradas vulnerables: el grupo de los eclesiásticos y el de los «pobres», es decir, la masa popular. Todos estos principios morales se hallaban en embrión en las normas de justicia y paz que los reyes de la época carolingia habían intentado imponer. Pero se impusieron de manera más eficaz al conjunto del pueblo cristiano porque la Iglesia latina los hizo suyos y los integró en un código coherente, válido para todos los fieles de Cristo, y esto en el momento en que los grandes Estados que se habían forjado en otro tiempo a través de la conquista se fraccionaban en una multitud de pequeños poderes rivales. La fragmentación de Europa en innumerables células políticas habría podido multiplicar los enfrentamientos militares, dar nuevo vigor a las guerras tribales y restaurar en Europa estructuras económicas basadas en buena parte en el pillaje permanente. De hecho, las prescripciones de la «paz de Dios» contribuyeron a desviar los poderes de agresión que contenía la sociedad feudal hacia el exterior del mundo cristiano. Contra los enemigos de Dios, contra los «infieles» no sólo estaba permitido, sino que era eminentemente saludable guerrear. Los hombres de guerra fueron por tanto invitados a desplegar fuera de la cristiandad su función específica. El espíritu de cruzada, que procede directamente de la nueva ideología de la paz, dirigió a los guerreros hacia frentes de agresión exteriores, hacia las franjas florecientes en las que los combates contribuían poderosamente a poner en circulación las riquezas. Por el contrario, apoderarse por la violencia militar de los bienes de las iglesias y de los pobres apareció cada vez más claramente, a quienes tenían vocación de combatir, como un peligro para la salvación del alma. Sin embargo, si las capturas que provenían en otro tiempo de la agresión les fueron en principio prohibidas, pudieron realizar otras, a condición de que fueran pacíficas, de que se inscribieran en los marcos del señorío. Condenando los beneficios de la violencia, la moral de la paz de Dios legitimó en compensación la explotación señorial al presentarla como el precio de la seguridad ofrecida, en las nuevas estructuras, a la masa de los trabajadores.

Esta moral desembocaba en una representación sociológica que vino a ajustarse estrechamente a la realidad de las relaciones económicas y que, simultáneamente, dio a éstas mayor firmeza. Alrededor del año mil, las prohibiciones aprobadas en los concilios de paz llevaron a la madurez la teoría de los tres órdenes que lentamente se elaboraba en el pequeño mundo de los intelectuales: Dios, desde la creación, ha dado a los hombres tareas específicas; unos tienen la misión de rezar por la salvación de todos, otros están llamados a combatir para proteger al conjunto de la población, y al tercer grupo, con mucho el más numeroso, le corresponde mantener con su trabajo a las gentes de Iglesia y a las gentes de guerra. Este esquema, que se impuso muy rápidamente a la conciencia colectiva, ofrecía una imagen simple, conforme al plan divino y servía para justificar las desigualdades sociales y todas las formas de explotación económica. En este marco mental, rígido y claro, se incluyeron sin dificultad todas las relaciones de subordinación creadas desde tiempo remoto entre los trabajadores y campesinos y los señores de la tierra, que son las que rigen los mecanismos de un sistema económico que se puede llamar, simplificando, feudal.

Los tres órdenes

En este modelo ideológico construido por los intelectuales, todos ellos pertenecientes entonces a la Iglesia, los especialistas de la oración se situaban evidentemente en la cima de la jerarquía de los órdenes. Por esta razón no sólo debían estar exentos de todas las punciones que el poder pudiera realizar sobre sus bienes por medio del pillaje o de la fiscalidad, sino que parecía necesario que una parte considerable de la producción llegara a sus manos para ser ofrecida, por su intermedio, a Dios y ganar así los favores de la divinidad. Una idea de esta naturaleza invitaba por tanto a que prevaleciesen, entre los actos económicos, los de la consagración y el sacrificio, y, efectivamente, su instalación en la conciencia colectiva coincide con el momento en que la riada de donaciones piadosas en favor de los establecimientos religiosos alcanzó su mayor amplitud: nunca, en la historia de la Iglesia cristiana de Occidente, fueron las limosnas tan abundantes como durante los cinco o seis decenios que rodean al año mil. Los fieles daban limosnas con cualquier motivo: para lavar una falta que acababan de cometer y que sabían que ponía en peligro su alma; más generosamente todavía, y con evidente riesgo de despojar a sus herederos, en el lecho de muerte, para su sepultura y para atraer el apoyo de los santos tutelares ante el tribunal divino; daban lo que podían, es decir, tierras en primer lugar, consideradas como la riqueza más preciosa, especialmente -y esto sucedía con frecuencia- cuando las tierras iban acompañadas de trabajadores campesinos capaces de cultivarlas. Sin duda, todos los documentos escritos de que disponen los historiadores para conocer esta época proceden de archivos eclesiásticos; en su gran mayoría son actas que garantizan las adquisiciones de las iglesias o monasterios y, en consecuencia, ponen de relieve de un modo especial el fenómeno descrito, por lo que se corre el riesgo de exagerar su alcance. A pesar de todo, este enorme trasvase de bienes raíces, del que se beneficiaron en primer lugar las abadías benedictinas y secundariamente las iglesias episcopales, puede ser considerado el movimiento más importante entre los que animaron la economía europea del momento. Gracias a él la iglesia de occidente se situó en una posición temporal preeminente. Pronto, desde mediados del siglo XI, dio lugar a críticas por parte de quienes se esforzaban por comprender mejor el mensaje evangélico, críticas en las que se manifestaba la voluntad de librar a los servidores de Dios de preocupaciones demasiado materiales, el deseo de apartarlos de una prosperidad excesivamente terrenal. Este movimiento de acaparamiento de riquezas produjo una inquietud de la que se alimentó el vigor de todas las propagandas heréticas y de la que nacieron todos los intentos de reforma. Por último, hizo crecer sin cesar, durante los siglos XI y XII, el número de monjes y clérigos.

Estos hombres no estaban completamente alejados de la producción. El clero rural permaneció en su mayor parte al nivel del campesinado, cuya suerte y costumbres compartía. Las iglesias y los oratorios campesinos estaban servidos por sacerdotes que empujaban personalmente el arado y que explotaban con su familia -muchos estaban casados- la parcela que el dueño del santuario les había concedido como retribución de sus servicios, y de la que sacaban lo esencial para subsistir. Por otro lado, las comunidades de monjes y de canónigos reformados, que se difundieron a partir de fines del siglo XI, imponían a sus miembros, por una exigencia de rigor ascético, el trabajo manual, especialmente a quienes, procedentes de un medio rural, no podían participar plenamente en el oficio litúrgico. De hecho, el trabajo y la condición material de estos «conversos» eran semejantes a las de los campesinos. Sin embargo, un número considerable de los hombres de Iglesia, los más ricos, los que recibían las mayores ofrendas, eran puros consumidores. Vivían con comodidades señoriales próximas a las de los laicos más poderosos, especialmente los que vivían alrededor de las iglesias catedralicias. Por último, no concebían que su función, el servicio divino, pudiera ser realizada sin suntuosidad. Sin duda dedicaban una parte de las riquezas -cuya abundante recepción consideraban completamente normal- a socorrer a los pobres; practicaban ampliamente la hospitalidad; los necesitados recibían alimento o algunas

monedas a la puerta de los santuarios, y estas limosnas rituales se incrementaban en épocas de calamidad. Esta redistribución, que ordenan con cuidado los reglamentos de los grandes centros monásticos, no era despreciable e incluso puede aceptarse que contribuyó muy eficazmente a reducir la extensión de la miseria en una sociedad siempre desprovista que mantenía en sus niveles inferiores una masa numerosa de indigentes y desclasados; sin embargo, la redistribución era de importancia secundaria si la comparamos con la exigencia fundamental, la de celebrar el oficio divino con el lujo más resplandeciente. El mejor uso que los dirigentes de monasterios e iglesias creían poder hacer de sus riquezas era embellecer el lugar de la plegaria, reconstruirlo, adornarlo, acumular alrededor del altar y de las reliquias de los santos los esplendores más llamativos. Dueños de recursos que la generosidad de los fieles no dejaba de acrecentar, no tenían más que una actitud económica: gastar, para mayor gloria de Dios.

La misma actitud tenían los miembros del segundo orden de la sociedad, los especialistas de la guerra. También gastaban, pero para su propia gloria y en los placeres de la vida. Esta categoría social, que proporcionaba a la Iglesia los equipos dirigentes, que tenía la fuerza y que la utilizaba duramente a pesar de las prohibiciones levantadas por la moral de la paz de Dios, debe ser considerada la clase dominante de este tiempo, pese al valor preeminente atribuido a las funciones de los eclesiásticos y pese a las riquezas y a la indudable superioridad numérica de estos últimos. De hecho, la teoría de los tres órdenes y las instituciones de paz fueron elaboradas y forjadas en función del poder del grupo militar, y su situación y su comportamiento rigen en los siglos XI y XII toda la economía feudal. Este grupo posee la tierra, excepto la parte que el temor de la muerte le obliga a ceder a Dios, a sus santos y a quienes le sirven; vive en la ociosidad y considera las tareas productivas indignas de su rango y de esa libertad eminente cuyo privilegio pretende reservarse. Dado que la disolución de la autoridad monárquica ha terminado por colocar a todos los miembros del grupo en una situación de independencia y en actitudes mentales que en otro tiempo habían sido características del rey, la clase guerrera no acepta ninguna limitación, ningún servicio, excepto los que libremente ha elegido prestar y que, puesto que no adoptan la forma de contribuciones materiales, no le parecen deshonorosos. Por consiguiente, rehusa toda prestación que no haya sido consentida y no acepta despojarse de sus bienes sino a través de donaciones gratuitas y de generosidades mutuas. Su vocación es la guerra, y el primer uso que hace de su riqueza es procurarse los medios más eficaces de combatir, mediante el entrenamiento físico al que consagra todo su tiempo, y mediante inversiones de las que espera un solo beneficio: el aumento de su potencia militar. En la economía doméstica de los hombres de este grupo, una parte considerable de los ingresos que, según todos los indicios, aumenta durante los siglos XI y XII, está destinada al perfeccionamiento del equipo de los guerreros, a la mejora de las cualidades del caballo, que se convierte en el principal instrumento del combatiente y en el símbolo mismo de su superioridad (en esta época los guerreros reciben el nombre de «caballeros»), a procurarse mejores armas ofensivas y defensivas. Desde fines del siglo XI la coraza se ha hecho tan compleja que vale tanto como una buena explotación agrícola, y los perfeccionamientos de las armas están en la base del desarrollo constante de la metalurgia del hierro, mientras que el progreso de la arquitectura militar hace que se inicien, en el siglo XII, junto a las obras de las iglesias, las obras de los castillos que es preciso renovar. Los gastos de guerra no son todo en este grupo social dominado por el espíritu de competición y en el que el valor individual no se mide solamente por la bravura y el virtuosismo en el ejercicio de las armas, sino también por el lujo, por el fasto y por la prodigalidad. En la moral que esta aristocracia se ha ido dando, la largueza, es decir, el placer de derrochar, es una de las virtudes primordiales. Como los reyes de otro tiempo, el caballero debe tener las manos siempre abiertas y distribuir riqueza a su alrededor. La fiesta, las reuniones en las que los bienes de la tierra son colectiva y alegremente destruidos en francachelas y en

competiciones de ostentación son, junto a la guerra, el punto fuerte de la existencia aristocrática. El medio económico que representa, en la sociedad de la época, el grupo de los caballeros es, por vocación profesional, el de la rapiña. Por sus hábitos, es el del consumo.

Falta el tercer orden, el de los trabajadores, la capa madre formada por la gran masa del pueblo y sobre la cual todos coinciden en que debe proporcionar a las dos élites de los oradores y de los bellatores, de quienes rezan y de quienes combaten, medios para mantener su ocio y alimento para sus gastos. Su misma función, la situación específica que, según los decretos de la Providencia, la aboca, sin esperanza de liberarse, al trabajo manual considerado degradante, la priva de la libertad plena. Mientras que se diluyen las últimas formas de la esclavitud, mientras que en la mayor parte de las provincias de Francia se pierde a comienzos del siglo XII el uso de la palabra *servus*, el campesinado en su conjunto, sobre el que pesa, reforzado, lo que subsiste de coacción del poder, aparece sometido, por su misma actuación, a la explotación de otros. Otros ganan para él su salvación por medio de plegarias; otros están encargados, en principio, de defenderlo contra las agresiones. Como precio de estos favores, las capacidades de producción del campesinado están totalmente presas en el marco del señorío.

El señorío

En el plano económico, el feudalismo no es sólo la jerarquía de las condiciones sociales que aspira a representar el esquema de los tres órdenes; es también -y ante todo, sin duda- la institución señorial. No es nueva, pero la evolución del poder político la ha remodelado insensiblemente.

Evidentemente, la frontera que separa, en la abstracción de las representaciones sociológicas cuya simplicidad se impone después del año 1000, de los trabajadores a las gentes de Iglesia y a las gentes de guerra, no coincide exactamente con la que sitúa de un lado a los señores y del otro a los sometidos a la explotación señorial. Muchos sacerdotes, como hemos visto, formaban parte del personal de un dominio; prestaban, bajo la coerción de un dueño que obtenía beneficios de su especialización profesional, servicios análogos a los de un molinero o a los de un encargado de un horno. Un gran número de caballeros, especialmente en Alemania y en las regiones próximas al mar del Norte, permanecieron hasta fines del siglo XII en estado de dependencia doméstica, en la casa del patrón que los empleaba y los alimentaba; al no poseer tierras, participaban de los beneficios de un señorío, pero sin ser los dueños. A la inversa, había campesinos que llegaban a reunir más tierras de las que podían explotar personalmente, que concedían las sobrantes a vecinos menos afortunados y recibían por este hecho una renta de tipo señorial. Muchos de los servidores de humilde extracción encargados por los jefes de administrar sus dominios se elevaban rápidamente; se apropiaban en parte de los poderes en ellos delegados; los utilizaban para explotar a sus subordinados, para crear a expensas del señorío de su patrón una red de recaudación cuyos beneficios se reservaban íntegramente y que, en la práctica, formaban su señorío personal. Todo esto no impide que la sociedad feudal se ordene en dos clases, una de las cuales, la de los señores, engloba la categoría de los eclesiásticos y la de los caballeros. Y la conciencia que esta clase adquiere de sí misma hace que se considere escandaloso, si no pecado, el hecho de que un trabajador pueda elevarse por encima de su condición hasta el punto de compartir los privilegios de sacerdotes y guerreros, de vivir en el ocio gracias al trabajo de otro. Y de hecho toda una tensión interna del cuerpo social condujo, en la época en la que las estructuras feudales acabaron de implantarse, es decir, en los años que siguieron al milenio, a consolidar la situación señorial de la Iglesia y de la caballería, y a ampliar el foso que, en el nivel de las

relaciones económicas, las separaba del pueblo. El movimiento de consolidación se desarrolló en dos planos diferentes.

En primer lugar, fue reforzada la coherencia de las fortunas aristocráticas. Las pertenecientes a los laicos estaban amenazadas de disolución por la acción de dos movimientos: el de las donaciones piadosas y el de las divisiones sucesorias. Su efecto combinado adquiría todo su vigor en el momento en que el patrimonio pasaba de una a otra generación: una parte, que la generosidad del difunto quería que fuera considerable, pasaba a manos de la Iglesia; el resto, según costumbre heredada de las civilizaciones germánicas, se dividía a partes iguales entre los hijos y las hijas que recibían la herencia paterna. Por reacción instintiva de defensa, favorecida, a falta de un código escrito, por la ductilidad de las reglas consuetudinarias, la aristocracia laica intentó conjurar el doble peligro que representaban la disminución progresiva y la pulverización de sus bases territoriales. Utilizó ante todo su fortuna, y se sirvió de todos los lazos de parentesco y de asistencia que unían a sus miembros con los dirigentes de los grandes establecimientos religiosos para obtener de la fortuna eclesiástica concesiones compensadoras. La riqueza eclesiástica, gracias al gran impulso de piedad que le hacía llegar constantemente nuevas limosnas, superaba a menudo, en torno al año 1000, las necesidades de las organizaciones monásticas o canónicas. Los abades, los obispos, los deanes de los cabildos no dudaron, pues, para atraerse la benevolencia de los notables del siglo, en conceder a sus parientes o a sus amigos el disfrute de algunas de las tierras ofrecidas a los santos patronos de su iglesia. Temporalmente, en principio -pero era difícil quitar a los herederos del primer beneficiario una concesión que, durante largos años, había estado unida al patrimonio familiar, y que finalmente apenas se diferenciaba de los alodios, tanto más cuanto que prácticamente no llevaba consigo ninguna obligación material, lo mismo si se trataba de un feudo cuya posesión obligaba solamente a la prestación del homenaje y a los servicios de ayuda mutua, como si era un contrato de precaria o, en Italia, de livello, en el que se estipulaba una renta en dinero puramente simbólica. La práctica de concesiones de este tipo tendió a disminuir hacia fines del siglo XI, y dejó paso al esfuerzo constante, pero con frecuencia inútil, de los administradores de los bienes eclesiásticos para recuperar los derechos que les habían arrebatado por este sistema. Pese a este cambio de orientación, la práctica había durado lo suficiente como para reducir en parte el desequilibrio que el mecanismo de las donaciones piadosas tendía a introducir entre la riqueza territorial de la Iglesia y la de la aristocracia laica. La cesión de tierras a los laicos fue abandonada tanto a causa del espíritu de la reforma gregoriana que condenaba la dependencia de lo espiritual con respecto a los poderes temporales como a causa de que las limosnas iban poco a poco disminuyendo. En los fondos documentales eclesiásticos se observa con claridad, a partir de mediados del siglo XI, la rarefacción progresiva de las donaciones, que serían reemplazadas por adquisiciones onerosas o de carácter judicial. Este fenómeno iba unido a la lenta evolución del sentimiento religioso, al retroceso del formalismo, al progreso de la idea, cada vez más clara, de que era posible salvar el alma sin necesidad de comprar el perdón divino. Pero también influyen, y quizá de modo más directo, la penetración del instrumento monetario, que permitía ofrecer valores menos preciosos que la tierra, y la preocupación de las familias por dar una mayor protección a sus posesiones: los cartularios de los establecimientos eclesiásticos dan la impresión de que los miembros de la aristocracia reivindican, machaconamente, en el siglo XII las antiguas limosnas de sus antepasados más que dar otras nuevas. Comienza la época de los procesos, de los acuerdos complejos en los que el dinero desempeña un papel cada vez más determinante y que dicta una política, más consciente tal vez, de reagrupamiento del patrimonio. La consolidación de las fortunas, aristocráticas se vio igualmente favorecida por una lenta modificación de las estructuras de parentesco, todavía mal conocidas, pero que parece acompañar en un gran número de regiones

europas a la implantación del feudalismo. En los estratos superiores de la sociedad, y en primer lugar en los más elevados, los lazos familiares tienden a ordenarse de un modo más rígido, más apto para salvaguardar la cohesión de la herencia, en el marco del linaje. Una dinastía, una sucesión masculina: al suceder al padre, el hijo mayor ejercía el control de los bienes colectivos legados por los antepasados, que debían garantizar - a la familia la continuidad de su preeminencia. En este marco más estricto, la preocupación por contrarrestar los efectos de las divisiones sucesorias llevó a limitar la proliferación de la descendencia: la familia sólo autorizaba a uno de los hijos, al mayor, o todo lo más a dos, a contraer matrimonio legítimo; los demás, siempre que fuera posible, serían destinados a las dignidades del alto clero o a los monasterios; es decir, se apoyaba en los bienes de la Iglesia. Para no disminuir la importancia social de la familia se adoptó la costumbre de dotar a las hijas en bienes muebles, lo que les quitaba todo derecho sobre los raíces. Lentamente se abrió paso la idea de que el mayor de los varones podía tener el privilegio de recibir una parte mayor, si no la totalidad de la herencia paterna. Estas prácticas, que penetraron insensiblemente en la mentalidad de la época, parecen haber frenado de modo eficaz, en un ambiente de considerable expansión demográfica, las fuerzas que llevaban a la dispersión y a la desaparición de las fortunas laicas. Si se añade que la irresistible presión de las normas sociales obligó a los grandes a «dar casa» a la mayor parte de los caballeros que mantenían a su servicio, a casarlos, concediéndoles un feudo cuyo carácter hereditario tuvo que ser pronto admitido por la fuerza de los lazos familiares, a instalarles de este modo en su propio señorío; si se tiene en cuenta este hecho, hay que reconocer que la aristocracia, durante este periodo, hundió más profundamente sus raíces en sus bases territoriales. La mayor parte del siglo XII aparece como un período de relativa estabilización de los patrimonios respectivos de la Iglesia y de la caballería. Esta, hasta en sus capas inferiores, se mantiene en una posición económica claramente superior a la de los campesinos.

La superioridad de la caballería fue reforzada, en un segundo plano, por la creación de un sistema fiscal cuyo peso soportaron en exclusiva los «pobres», los «trabajadores». Esta fiscalidad no era nueva; pero fue organizada de modo diferente. Procedía directamente del poder del ban que tenían los antiguos reyes, en el que se observan dos modificaciones fundamentales:

1. Mientras que en la época anterior todos los hombres libres estaban sometidos a la autoridad real, la división del cuerpo social en tres órdenes introdujo una separación fundamental. Un concepto nuevo de la libertad, concebida en adelante como un privilegio, el de escapar a las obligaciones deshonorosas y especialmente a las fiscales, terminó por sustraer enteramente a las gentes de Iglesia y a los caballeros a la presión económica ejercida por el poder. A cambio, sometió a este mismo poder a cuantos no pertenecían a los dos órdenes privilegiados. Confundió en una misma explotación a quienes descendían de hombres libres y a los descendientes de esclavos. Reunió a unos y otros en una clase homogénea, cuyos miembros estaban obligados en su totalidad a prestar servicios idénticos, y en la cual se borraron rápidamente los criterios de la antigua servidumbre.

2. El ejercicio del poder y el disfrute de los beneficios que éste autorizaba quedaron limitados en adelante a un espacio reducido, a un «distrito» (la palabra deriva de un término que precisamente significa obligar) cuyos límites exteriores raramente se hallaban a más de medio día a caballo de un punto central, que era un lugar fortificado. La persona que mandaba la guarnición de cada castillo aspiraba a asumir, sobre el conjunto del territorio, las funciones de paz y de justicia, es decir, las misiones propias de la realeza. En una parte de la Europa cristiana, en Inglaterra y en el noroeste del continente, donde los reinos y principados habían conservado

mayor vitalidad, el castellano dependía aún de un señor; actuaba en su nombre y le transmitía una parte de los ingresos que proporcionaba el poder. En las demás zonas era independiente y actuaba como soberano. En todas partes pretendía juzgar a cuantos vivían en las proximidades de la fortaleza, a excepción de los clérigos, monjes y caballeros. Les imponía multas y, en caso de infracción grave, confiscaba sus bienes. Su acción de justicia y de policía era fuerte y penetrante, por cuanto era rentable. Obligaba a los campesinos a trabajar en la reparación de las fortificaciones, a avituallar a los guerreros y caballeros del castillo. Hacia pagar a los extraños que cruzaban la castellanía, mercaderes o peregrinos, y a cuantos frecuentaban los mercados, la protección temporal que les otorgaba. Como antiguamente los reyes, él era el garante de pesos y medidas; y en ocasiones acuñaba moneda. Por todos los medios explotaba la autoridad que poseía, y, en definitiva, el poder se traducía en una red de punciones realizadas de diversas maneras sobre los excedentes de la producción campesina o sobre los beneficios del comercio.

El jefe de la fortaleza era el primero en beneficiarse del ahorro de los trabajadores, porque tenía la fuerza militar. El se apropiaba la mayor parte. Sin embargo, casi todos los habitantes de la castellanía se encontraban en situación de dependencia económica con respecto a otros señores cuyas tierras cultivaban o de los que dependían personalmente, por haberse entregado ellos mismos o porque sus antepasados eran sus esclavos. Estos señores privados se esforzaron por sustraer a quienes dependían de ellos del poseedor del ban. Las tasas, las «exacciones», las «costumbres», por emplear la terminología de la época, recaudadas por el castellano afectaban a reservas de riqueza y de trabajo que aspiraban tener a su entera disposición. Las más de las veces fracasaron en sus intentos y tuvieron que compartir con el dueño de la paz y de la justicia el poder económico sobre los campesinos de su dominio y de su «familia» servil. Sin embargo, algunos consiguieron hacer que se respetara su monopolio, y el territorio de la castellanía estuvo sembrado de enclaves, a veces minúsculos, reducidos a la casa de un caballero, a veces más amplios, a escala de una aldea, especialmente cuando un establecimiento religioso había logrado hacer que se respetara el viejo privilegio de inmunidad conseguido en época carolingia. Pero, a pesar de todo, los habitantes de los enclaves no se libraban de las exacciones. Tuvieron que sufrir las exigencias del señor de su tierra o de su persona que pretendía juzgarlos y cobrarles el precio de la paz del mismo modo que lo hacía el castellano.

En definitiva, compacto o disgregado, pero uniformemente establecido, el poder del ban fue un factor determinante en los mecanismos económicos, de dos maneras. En primer lugar, para ejercer este poder fue preciso recurrir a numerosos auxiliares, a «sargentos» que se encargaban de la policía del campo, a «prebostes» que presidían los tribunales aldeanos, a «forestales» que perseguían en los bosques y en las tierras yermas a quienes contravenían los derechos de uso, a recaudadores situados en los mercados y en los principales lugares de paso. Estos ministeriales, como los llaman los textos, especialmente los de Germanía, fueron reclutados entre los servidores más estrechamente unidos al señor, porque se trataba de tenerlos sólidamente controlados. Pero como participaban directamente en los beneficios de las «costumbres, puesto que percibían una parte de las tasas y de las multas, eran los agentes más virulentos de la explotación del derecho del ban. Hacían esta explotación tan pesada como era posible y construían su propia fortuna sobre las rentas que les procuraba. En segundo lugar, y primero en importancia, esta explotación, llevada a sus últimas consecuencias, fue muy rentable. Sin duda, no era ilimitada. Su nombre lo indica: las tasas cobradas bajo el pretexto de mantener la paz y la justicia eran «costumbres», es decir, que la memoria colectiva limitaba su alcance. También era preciso tener en cuenta, y mucho, la resistencia campesina, los fraudes, las evasiones, todo tipo de maniobras dilatorias. Sin embargo, la costumbre era maleable. Difícilmente resistía las presiones de los dueños del poder.

Los agentes de la fiscalidad estaban en todas partes, ávidos, y tenían de su parte la fuerza. ¿A quién habrían podido quejarse quienes sufrían sus arbitrariedades? He aquí la razón del buen funcionamiento de la máquina fiscal. Consiguió quitar al campesinado la mayor parte de lo que producía y no consumía para su propia supervivencia, y por consiguiente frenó en gran medida el movimiento de ascenso económico entre los humildes. Redujo las diferencias entre los campesinos dependientes y los libres. Niveló la condición campesina. La rebajó y, de este modo, ahondó irremediablemente el foso que separaba a la clase de los trabajadores de la de los señores.

Esta última clase estaba lejos de ser homogénea: no todos los señores estaban al mismo nivel y no todos se beneficiaban de la misma manera del trabajo ajeno. Superpuestas, profundamente mezcladas unas a otras hasta el punto de confundirse incluso para los hombres de la época, existieron sin embargo tres formas distintas de explotación señorial. Dado que se confundía con lo que entonces se designaba con el nombre de familia, con la «casa» que rodeaba a todo personaje de alguna importancia, se podría calificar a la primera de doméstica, entendiendo por esta designación el tipo de enajenación que ponía el cuerpo de una persona a disposición de otra. Era el residuo tenaz de la esclavitud. Bajo la presión del poder del ban la servidumbre de tipo antiguo se había atenuado; se había diluido; se había reabsorbido. Por otro lado, y bajo esta nueva forma, había progresado enormemente a expensas de la antigua población libre, por medio de la «encomienda», a causa de la necesidad que llevó a tantos débiles, a tantos pobres-para escapar del hambre, de la opresión de los sargentos del castellano, incluso por el temor del más allá-, a colocarse bajo el patrocinio de un protector. Pero los lazos de la esclavitud no se habían roto; habían tomado la forma de lo que llamamos comúnmente servidumbre. En la mayor parte de las poblaciones de Europa existían, por tanto, campesinos (en proporción variable; a veces se hallaban en este caso todos los hombres de una comunidad) a los que un señor llamaba «sus hombres». De hecho lo eran, desde su nacimiento, y sus descendientes le pertenecerían; podía venderlos, darlos; los castigaba; en principio le debían todo. Ante todo, el señor obtenía beneficios de su trabajo, en su casa y en sus campos, y el «servicio» que esperaba de ellos era ilimitado. Estos campesinos ponían a disposición de la economía doméstica una mano de obra permanente, cuyo coste era el de su alimentación. Pero este tipo de dependencia podía convertirse en una fuente de recaudación. De hecho, no todos los campesinos de este grupo vivían en la casa del patrón. Lejos de su control, establecidos en su tierra o en la de otro, mantenían su dependencia, y este lazo se traducía no sólo en servicios en trabajo, cuya extensión limitaba los usos locales, sino también en tres clases de prestaciones: el pago de un censo anual en dinero, la obligación de pagar el derecho a casarse con alguien que no perteneciera a la «familia» del señor y la parte que éste recibía de la herencia de su hombre. En esta forma de señorío, muy ampliamente extendida y repartida entre todos los miembros de la aristocracia e incluso entre algunos campesinos ricos, se basó hasta fines del siglo XII la explotación de todo capital territorial de alguna importancia. Redujo considerablemente el recurso a los asalariados. Por las reservas de trabajo que permitía movilizar era una de las bases fundamentales del poder económico.

El segundo era el señorío que podemos llamar territorial, porque se basaba no en la posesión de seres humanos, sino del suelo, de la tierra. Sus estructuras prolongan de hecho las de los dominios que conocemos por los polípticos. Los ricos muy raramente cultivaban, con sólo el trabajo de quienes dependían de ellos, toda la extensión de tierra que poseían. Concedían una buena parte a tenentes, que en ocasiones eran «sus hombres», a veces los «hombres» de otro, o se hallaban libres de toda sujeción personal. Conceder la tierra equivalía a adquirir un poder: el de participar en los recursos de las familias tenentes. De hecho, esta participación no era ilimitada,

como en el caso de los siervos. Estaba estrictamente fijada por los términos de un contrato en los países en los que, como en Italia, se había conservado mejor el uso de la escritura, o por normas consuetudinarias igualmente obligatorias. Se trataba siempre, o casi siempre, del cobro de una parte de la producción del manso, en productos agrícolas o en dinero. A menudo iba acompañado de la requisa de la capacidad de trabajo de la familia campesina, obligada a realizar un número determinado de sernas.

El tercer tipo de explotación señorial deriva del ejercicio del derecho de ban. Acabamos de definir éste; repitamos solamente que en casos límites permitía a quienes lo tenían tomar cuanto podía ser cogido en las casas campesinas: moneda, cosechas, ganado e incluso trabajo por medio de requisas para la reconstrucción del castillo o para el transporte de vituallas. Era en la práctica una especie de saqueo, legitimado, organizado, moderado sólo por la nueva moral de la paz y por la resistencia de la solidaridad campesina. Añadamos que esta última forma de explotación económica se acumulaba a las dos primeras y con frecuencia competía con ellas. Estaba mucho más concentrada que las anteriores; sólo un pequeño número de señores se beneficiaban de sus ventajas, que eran con mucho las más considerables.

La desigual repartición del poder de ban creó la principal distinción en el interior de la clase señorial. De un lado estaban los que la documentación llama en el siglo XI los «grandes» (optimates, príncipes) y, en el siglo XII, los «ricos hombres». Individualmente el título de «don» (dominus) acompaña su nombre en los escritos. Son efectivamente señores, y precisamente por esto son los más ricos. Ya sean altos dignatarios de la iglesia -obispos, abades de los monasterios- o dueños del poder militar -príncipes regionales, condes, «barones»-, quienes tienen las fortalezas y explotan las prerrogativas anejas a estos pilares del orden público pueden estar más o menos provistos de fortuna; pero siempre su señorío doméstico y territorial se extiende sobre el territorio que controlan. Herederos de los derechos reales; de las regalías, han podido apoderarse de las tierras incultas que eran en otro tiempo dominio eminente ~ de los soberanos. Sin embargo, su misma riqueza y las funciones que realizan los mantienen alejados de la tierra y de los campesinos que la cultivan. Los dominan desde muy alto, y entre ellos y la masa de los trabajadores se interponen intermediarios que son los intérpretes de las exigencias señoriales; las riendas del poder económico están en mano de estos auxiliares. Los «grandes» son generalmente rentistas. Preocupados solamente por estar provistos de cuanto es necesario a su fasto y a la gloria de su casa, ceden una parte considerable de su poder a quienes lo ejercen en su nombre.

Por otro lado están los demás señores: los simples caballeros, los canónigos que tienen en «prebenda» una porción del patrimonio de la iglesia catedral, los monjes puestos al frente de un priorato rural, y los mandatarios de los «grandes». Más o menos ricos, tienen en común la característica de asumir directamente la gestión diaria de un dominio concentrado cuyas dimensiones no sobrepasan su capacidad de control. Son vecinos de los campesinos; los conocen por su nombre; comparten sus preocupaciones; saben cuánto producen y cuánto es posible exigirles. Para poder adecuar su comportamiento al de los «ricos hombres» cuyas cortes frecuentan se esfuerzan por acrecentar al máximo los beneficios del señorío. Y como se hallan en contacto directo con el capital territorial y con la masa de los trabajadores, pueden ser considerados los agentes más activos del dinamismo económico y de un crecimiento cuyas manifestaciones más llamativas nos descubren los documentos del siglo XII.

LOS RESORTES DEL CRECIMIENTO

El impulso del crecimiento interno que tuvo como escenario la economía europea debe situarse en última instancia en la presión ejercida por el poder señorial sobre las fuerzas productivas. Esta presión, de intensidad creciente, fue el resultado del deseo, compartido por las gentes de Iglesia y por los guerreros, de realizar más plenamente un ideal de consumo para el servicio de Dios o para su gloria personal. Durante los siglos XI y XII los límites de este deseo retrocedieron sin cesar a medida que progresaban las campañas de la cristiandad latina en dirección a los países mediterráneos. La fascinación ejercida sobre los aristócratas de la Alta Edad Media por los modelos de la Antigüedad romana fue sustituida por la atracción de los recuerdos, de las maravillas que contaban, después de haber conquistado Barbastro o Toledo, Palermo o Bari, los aventureros de España y de Italia meridional o, de su paso por Constantinopla o Antioquía, los peregrinos de Tierra Santa. Estos recuerdos creaban en la mentalidad señorial el deseo agudizado sin cesar de desprenderse de su rusticidad, de alcanzar el tipo de vida que llevaban los habitantes de las ciudades del sur. Y esta aspiración aumentaba a medida que los señores salían de su aislamiento, a medida que se multiplicaban las ocasiones de encontrarse y que se reforzaba la atracción de las cortes principescas. En estas reuniones mundanas se difundían los modelos ejemplares del comportamiento nobiliario y se exhibían las riquezas traídas de Oriente. Hasta en lo más profundo de la Europa salvaje los príncipes eslavos soñaban con imitar las maneras de los príncipes de Germania, quienes recibían constantemente, desde Galia e Italia, nuevos estímulos para refinarse. De esta forma se avivaba en todas partes la propensión al lujo.

Para satisfacer gustos cada vez más exigentes era necesario disponer continuamente de mayores medios. En las fronteras de la cristiandad todavía era posible obtenerlos por la violencia. Pero una cierta paz y orden reinaban en la Europa feudal, y limitaban cada vez más, a medida que se consolidaban las estructuras del poder, el área de la turbulencia militar. Lo importante, desde este momento, era acrecentar los ingresos de la explotación señorial. Pero también este crecimiento estaba limitado. Ante todo, por la costumbre. En principio el señor podía pedir todo a sus hombres y el señor del ban estaba en condiciones de tomar casi todo, persiguiendo los menores delitos o sirviéndose del derecho de posada y yantar, a los hombres establecidos en la castellanía. El poder económico que conferían las diferentes formas de señorío era tanto más fuerte cuanto que estaba unido al poder judicial. Los simples señores territoriales presidían en persona un tribunal que decidía en los desacuerdos sobre las cargas del manso y que castigaba las faltas de los campesinos; y las decisiones de estos tribunales eran, con frecuencia, inapelables. Todos los señores intervenían, pues, como jueces en procesos en los que sus intereses se hallaban en juego. Sin embargo, todas las asambleas judiciales del señorío estaban integradas por trabajadores, y el juez pronunciaba sentencia de acuerdo con ellos. Frente al señor-juez, los hombres del pueblo se sentían solidarios y le oponían el muro de la costumbre. Nadie podía transgredirla, y los campesinos en su conjunto eran sus depositarios. Había que recurrir, mediante pesquisa, a su testimonio; y si la presión señorial conseguía introducir en las normas consuetudinarias innovaciones favorables al señor su poder chocaba con la conciencia popular, reticente y obstinada, cuya memoria selectiva sabía sepultar en el olvido las novedades difícilmente soportables. Nadie podía despojar a los trabajadores desmesuradamente, bajo pena de ver disminuir su productividad o de obligarlos a huir, en un mundo todavía abierto, en el que las posibilidades de hallar acogida eran numerosas. Por esta causa, el deseo de aumentar los beneficios de la explotación señorial suscitó poco a poco en el ánimo de los señores y de sus agentes la intención de «mejorar» (*meliorare*, la palabra latina se repite constantemente en los documentos de la época) el rendimiento de los campesinos que les estaban sometidos, bien favoreciendo el aumento de la población rural, bien poniendo a los trabajadores en condiciones de ampliar sus capacidades de producción. Más o menos consciente, más o menos contrarrestada por

otros impulsos y por la misma debilidad de actitudes mentales todavía muy primitivas, esta intención estimuló, en el marco del feudalismo, la búsqueda de un movimiento de progreso.

Algunos signos indirectos de este movimiento se observan a partir del año 1000. Pero se hacen mucho más evidentes en los textos desde el 1075, y el conjunto de indicios inclina, en una cronología que el laconismo, la extrema dispersión y el carácter siempre lateral de la documentación hacen muy imprecisa, a situar en este momento -en el que, recordémoslo, en el este de Europa los tesoros desaparecen al tiempo que se extiende la moneda fraccionaria- un hito muy importante: fue entonces cuando el impulso, cuyo vigor se reforzaba en la sombra desde hacía decenios, adquirió suficiente fuerza como para traducirse en fenómeno muy claro de distensión. Así, en los tres últimos decenios del siglo XI se inician las obras de construcción de iglesias mucho más numerosas y mucho más amplias. Así, se ve a la caballería de Occidente lanzarse en todas partes a operaciones agresivas cada vez más profundas, que culminan, en 1095, en la primera cruzada. Así, se ven surgir nuevas congregaciones monásticas que reclutan numerosos adeptos en todas las clases sociales; están animadas por una preocupación ascética, por la condena de la riqueza; sólo la toma de conciencia de un deseo -considerado perverso- de ascenso económico, y por consiguiente de las posibilidades de éste, en un medio económico menos estancado puede explicar las exigencias de las nuevas congregaciones. Así, se ve, durante este período, aumentar los intercambios en el campo; ahora, por ejemplo, los documentos redactados en la región de Mâcon comienzan a precisar el valor respectivo de las diferentes monedas, lo que es prueba al mismo tiempo de una mayor penetración del instrumento monetario en el mundo rural, de la diversidad de las acuñaciones y, por último, de la percepción de una noción nueva, la del cambio. Por la misma época, los dueños del poder de ban se preocupan por obtener beneficios del paso cada vez más frecuente de traficantes que transportan mercancías más valiosas; se multiplican las alusiones a esta forma de exacción, en plena expansión, que es el peaje: el papa intenta eximir a los mercaderes de Asti, que cruzaban la Isla de Francia, de las tasas que quería imponerles el rey Felipe I; el abad de Cluny se querella contra un castellano de la vecindad que retenía una caravana comercial procedente de Langres y quería obligarla a pagar el precio de su protección. Las tarifas del peaje ordenadas por los monjes de Saint-Aubin de Angers en 1080-1082, y que se aplican a los hombres de una aldea, muestra bien a las claras que el comercio no era obra exclusiva de profesionales. Los campesinos participaban en los intercambios; vendían, compraban ganado; firmaban contratos de pastoreo con extraños; llevaban «a hombros», para vender en los mercados de los alrededores, cera, miel, carne de cerdo, pieles, lana. En ocasiones llegaban incluso a asociarse a otros para una expedición comercial a mayor distancia, a trasladarse a puntos lejanos para cargar en sus acémilas productos alimenticios, y a veces «mercancías extranjeras y de alto precio». También hacia 1075 el abad de Reichenau concede a los «campesinos» de una de sus aldeas «el derecho de comerciar... de modo que ellos y sus descendientes sean mercaderes». Hacia estos años se hace sentir por primera vez y con carácter general una gran animación que se basa en la lenta habituación a utilizar de manera menos excepcional las monedas cuya acuñación se hace más abundante. Aclimata hasta en el corazón rural del continente occidental actividades cuya ampliación no era perceptible, en el siglo anterior, sino en los límites de la cristiandad, en los lugares en los que la presencia de la guerra mantenía la movilidad de las riquezas. La efervescencia comercial y monetaria que se percibe deriva de la vitalidad de estructuras económicas más profundas, de las que es la revelación y que, a su vez, contribuye a estimular. En los tres últimos decenios del siglo XI hay que situar, por tanto, el comienzo de una nueva fase de la historia económica europea: la de un desarrollo general, continuo, acelerado, cuyas modalidades conviene analizar.